

tercera parte de sofismas derivados del carácter, ó sea de la combinación especial, que realizan en cada hombre las energías mentales primitivas.

Vamos, pues, á considerar, en los capítulos que siguen, tres géneros de raíces sofísticas: primero, las que dependen de la sensibilidad; segundo, las que proceden de los deseos; tercero, las que provienen de la personalidad mental llamada carácter.

CAPITULO III.

SOFISMAS QUE PROCEDEN DE LA SENSIBILIDAD.

§ 1.—En el dominio de la sensibilidad, debemos descartar, desde luego la sensorial, ligada estrecha é inmediatamente á la inteligencia, de carácter perfectamente definido, y en suma, fuente muy poco peligrosa de sofismas. Es verdad que los sentidos son falibles, que están sujetos á diversas alteraciones patológicas y á errores de interpretación, todo lo cual se observa de preferencia en el sentido de la vista, principalmente cuando se trata de apreciar por medio de él las formas y las distancias. Así es como una esfera produce la misma impresión visual que si fuera un disco, como un cilindro se ve como disco si el eje del cuerpo redondo coincide con el eje óptico, y como rectángulo, si dichos ejes son perpendiculares entre sí, y como una vara, sumergida oblicuamente en el agua, parece quebrada al nivel de la superficie del líquido.

Pero estas erróneas apariencias son tan comunes, tan sencillas, tan fáciles de desvanecer, que á lo sumo, darán origen á errores accidentales, ó á equivocaciones, producidas por inadvertencias, pero nunca á verdaderos sofismas.

No sucede lo mismo con la sensibilidad interna y puramente subjetiva; cuyas formas se designan genéricamente con el nombre de sentimientos. Estas sí son peligrosísimas fuentes de errores sistemáticos, porque influyen sobre la inteligencia, casi tanto, como sobre la voluntad, y nos es posible, en muchos casos, encontrar en el sentimiento el origen de extravíos de la inteligencia, como también solemos encontrar en él mismo, el origen de muchos extravíos de conducta.

Los sentimientos que como fuente de sofismas nos importa más considerar, son el egoísmo, la simpatía, los afectos y ciertos sentimientos especiales.

§ 2.—El egoísmo, ó amor exagerado de sí mismo, deplorable desde el punto de vista moral, no lo es menos desde el punto de vista lógico. El hombre que tiene un concepto exagerado de sus facultades intelectuales y de su capacidad, desdeña las opiniones ajenas, menosprecia los argumentos y las razones que él no ha discurrido, y convertido en su propio oráculo, no escucha más dictámenes que los de su mismo entendimiento.

Se comprende, sin esfuerzo, qué fecundo raudal de sofismas es engendrado por tal disposición de espíritu, la prueba más trivial en un individuo en que el egoísmo toma la forma de vanidad, adquiere las proporciones de prueba completa si proviene de él mismo, mientras que, por el contrario, la prueba más concluyente nada es á sus ojos si la ha emitido otra persona.

Por fortuna en el dominio científico los sofismas de esta fuente no son tan abundantes como pudiera parecer, siéndolo sí y mucho en la vida práctica. El sabio, gracias al gran influjo moralizador ejercido por el cultivo metódico de la ciencia, propende más bien á la desconfianza de sí mismo, que á la soberbia y vanagloria, y tratándose sobre todo de sus relaciones con otros sabios, el hombre de ciencia se presenta en la mayoría de los casos revestido de la modestia más encantadora.

Mas tan feliz influjo sólo es producido por las ciencias positivas, no sucedía lo mismo cuando los conocimientos que formaban en su mayoría el caudal del saber, llevaban el sello metafísico y sobre todo el teológico; recuérdense las agrias polémicas, las descompasadas y acres disputas que trababan en los siglos XV y XVI los doctores, cuando ventilaban alguna querrela teológica; se ofendían con los epítetos más injuriosos y despreciativos, trataban los argumentos del contrario con el mayor desdén, y suscritos son un semillero abundante de aquel sofisma de que hablaremos más tarde, que los antiguos conocieron y bautizaron con el nombre de *ignoratio elenchi*. Recuérdese también la estúpida y agresiva vanidad de Lutero, cuya inteligencia enardecida por el debate llegaba

á producir en él verdaderas alucinaciones que tomaba por realidades, como cuando cuenta seriamente haber visto al diablo y haber entablado coloquios con él.

Decíamos que en los asuntos prácticos los sofismas engendrados por el egoísmo, cuando reviste la forma de vanidad, son muy frecuentes. Fatigoso fuera referir los sofismas en que incurre el hombre que se cree dotado de gran suficiencia, por lo cual para edificación de nuestros lectores sólo recordaremos el ejemplo de Napoleón Bonaparte, tan notable por su extraordinaria inteligencia, como por su monstruoso, egoísmo y su orgullo y vanidad colosales.

Este personaje funesto calificaba despreciativamente de ideólogos á todos los hombres dotados de aptitud para la generalización y para la especulación filosófica. Rechazó el invento de Fulton, que tan útil hubiera sido á sus proyectos; contra el juicioso dictamen de varios diplomáticos y políticos notables, se obstinó en mantener el absurdo del bloqueo continental, en llevar á cabo y sostener la guerra de España, y en emprender la campaña de Rusia, todo lo cual acarreó su ruina, sin que él quedara persuadido, á no ser demasiado tarde, de lo desacertado del propósito. La colosal vanidad de este hombre rayó en tan desmesurada altura, que creía firmemente en su estrella, en un astro encendido en las profundidades del espacio sólo para iluminar su marcha triunfal, y para ser el emblema de su destino deslumbrador.

§ 3.—La simpatía, sentimiento afectuoso que nos liga á otros seres, con los cuales ni hemos tenido, ni tenemos relaciones, pero que, por considerarlos semejantes á nosotros, les juzgamos dignos de afecto, influye mucho en nuestras opiniones, predisponiéndonos á ciertos sofismas. De dos categorías son las falacias que la simpatía engendra: en una de ellas nos sentimos inclinados á aceptar sin pruebas suficientes, todas las opiniones que realcen y dignifiquen á los demás, así como á rechazar las que parezca rebajarlos, induciéndonos el mismo sentimiento á poner en práctica, ó á aplaudir todas las medidas que mejoren la condición ajena, desentendiéndonos de los inconvenientes que pudieran tener.

La segunda categoría de sofismas dictados por la simpatía reviste la forma de respeto exagerado á las opiniones y actos ajenos, persuadiéndonos á disculparlos y aun á recomendarlos.

Como ejemplo de sofismas inspirados por la simpatía citaremos las objeciones opuestas al transformismo, basadas en que aja la dignidad humana. Se puede citar aún como ejemplo más elocuente todavía, el del ilustre Obispo de Chiapas Fray Bartolomé de las Casas, que, cegado por la simpatía que le inspiraban los indígenas americanos, aceptó cuantas consejas llegaron á sus oídos sobre la crueldad de los conquistadores, exagerando notoriamente los desafueros y abusos cometidos por éstos, y no vaciló, con tal de mejorar la condición de los indígenas americanos, en aconsejar que se trajesen esclavos negros á las islas y tierra firme, tráfico que más tarde había de dar nacimiento á la odiosa y abominable trata de negros.

La simpatía, bajo la forma de acatamiento y deferencia á las opiniones ajenas, engendra un vasto grupo de sofismas que Bain designa con la denominación de sofismas de tolerancia. Ninguno ha incurrido en este sofisma tan intensamente como el distinguido pensador Herbert Spencer, que llegó hasta decir que en todo error hay un alma de verdad. En el primer tomo de esta obra nos hemos explicado bastante acerca de este punto, para dejar asentado lo falso y sofístico de este modo de ver.

Otra forma revisten aún, más peligrosa si cabe, los sofismas de tolerancia, es la que nos induce á justificar las instituciones del pasado, so pretexto que en esa época fueron útiles. Así es como se dice que en las sociedades antiguas la esclavitud era conveniente, porque solamente los esclavos podían entregarse á trabajos manuales, y que la misma esclavitud, fué laudable en su origen, porque vino á sustituir á una práctica más cruel, á saber: el sacrificio de los prisioneros de guerra.

Tal modo de discurrir puede pasar como explicación de ciertas instituciones y de su persistencia por algún tiempo, mas nunca como disculpa, justificación ó encomio de las mismas instituciones. Es claro que en la economía social sólo lo útil puede persistir, y persistirá en efecto mientras lo sea, ó al menos mientras sus inconvenientes no lleguen á ser insoportables; pero concluir de aquí que una institución, sólo por el hecho de haber sido útil más ó menos tiempo, es laudable, y que sus autores ó defensores merecen encomios, es ir más allá de lo justo, incurriendo en un sofisma, pues res-

pecto de lo primero hace notar Bain, que debería probarse que la institución había sido indispensable, ó al menos positivamente buena, y no sólo accidentalmente útil; y respecto á lo segundo, el mismo pensador advierte que debería probarse que los autores y sostenedores de una institución tuvieron como razón para obrar, la consideración de los bienes que ella podía producir.

La tolerancia, fruto de la simpatía, se convierte en el sentimiento opuesto, la intolerancia, cuando la simpatía se interpreta atribuyéndola ó limitándola á algo especial, que circunscribe su dominio. Cuando sólo se han considerado dignos de simpatía los hombres que confiesan cierto símbolo, se ha creído asimismo que los que estaban fuera de ese símbolo eran seres abominables, indignos de inspirar ningún sentimiento caritativo, y sobre los cuales podrían ejercerse las más crueles acciones, sin incurrir en censura, y no sólo, sino mereciendo por ello elogios. La historia de las persecuciones religiosas está ahí para mostrar los errores de opinión y los errores de conducta debidos á la mala interpretación de la simpatía.

No terminaremos lo relativo á la tolerancia sin dejar establecida una distinción de la mayor importancia. Debe distinguirse la tolerancia en asuntos prácticos, de la tolerancia en asuntos teóricos. La primera es aceptable y muchas veces conveniente, pues no siempre es fácil discernir desde luego cual, entre dos ó más medios propios para conseguir una cosa, es el más eficaz, y así es preciso en muchas ocasiones dejar que los medios recomendados entren en libre concurrencia, hasta que la eficacia de alguno de ellos predomine tanto y adquiera tal notoriedad, que elimine del campo á los rivales.

Tal ha sido la historia de todas innovaciones prácticas. Cuando la imprenta dejó á los copistas sin trabajo, cuando el ferrocarril y los buques de vapor se presentaron como muy superiores á los demás medios de transporte, las ventajas de la novedad no fueron desde luego ostensibles y suscitaron viva oposición. Pero pasado algún tiempo, se palpaban tanto las mejoras alcanzadas, que dichas novedades triunfaron definitivamente.

Nada de esto puede suceder en el dominio de la teoría, ó de

la ciencia pura; en ella dos doctrinas ó contradictorias no pueden coexistir al mismo tiempo, y el sabio tiene que optar por fuerza entre las doctrinas rivales. Nuestro eminente maestro el Sr. Barreda condensaba en la siguiente sentencia, lo que acerca de la tolerancia debe pensarse. Debemos ser, decía, tolerantes en la práctica é intolerantes en la teoría.

§ 4.— Los afectos ó sentimientos de cariño que nos ligan á personas con las que, tenemos contacto estrecho, y que por extensión pueden tener por objeto colectividades humanas ó instituciones, ya aisladas, ya reunidas, son uno de los mayores estímulos de la actividad intelectual, y cuando le imprimen una dirección mala, lo cual sucede á menudo, son también uno de los más ricos manantiales de sofismas.

El afecto tiene su contrario el desafecto, desapego, mala voluntad y aun odio, que obra sobre el espíritu con la misma intensidad, pero en dirección opuesta. Cualquiera que sea la variada forma y la distinta intensidad con que sobre nosotros obran los afectos, el influjo intelectual es común, nos predispone á admitir como cierto todo lo que halague nuestro cariño, todo lo que asegure su satisfacción, y todo lo que ensalce á las personas queridas, y á rechazar como falso todo lo que obre en sentido contrario. El desafecto, como se comprende bien, impulsa nuestra creencia en dirección opuesta.

Cuando se trata de afectos que nos ligan con personas determinadas, los cuales son notables por su intensidad, el influjo intelectual es muy poderoso, pero la misma naturaleza del sentimiento de que se trata lo circunscribe á una esfera muy reducida: á lo que puede de cerca ó de lejos referirse á la persona querida. Un padre estará siempre dispuesto á creer lo que favorece á sus hijos, y á no admitir lo que les es desfavorable; lo mismo hará el esposo, tratándose de la esposa y el enamorado tratándose de su amada. Los griegos, profundamente intencionados y graciosamente poéticos en todos sus mitos, representaban al amor con los ojos vendados, significando así que tal pasión se desentiende de los dictámenes del buen juicio, y procede como si los ignorara.

De aquí resulta que el amor á las personas, aunque abundante en graves errores de índole privada, y en lamentables y á veces funestos extravíos, rara vez, por la naturaleza restringida de su imperio, llega á afectar la fábrica intelectual

en la vasta esfera de las doctrinas científicas ó de las opiniones filosóficas. Sin embargo, puede darse el caso; cuando un pensador ó un sabio ama á una persona inteligente que asocia á sus labores, el deseo de halagarla ó complacerla influye mucho sobre las especulaciones del pensador. Como un ejemplo notable de esta influencia sofística pudiéramos citar el caso de Mill. Pocos pensadores habrán sido de más austeridad que él, en pocos hombres la llama del afecto habrá sido más pálida y menos ardorosa y, sin embargo, la mujer que asoció á sus destinos y á sus labores, y que le inspiró lo que él llama en su lenguaje frío y desapasionado *la amistad más preciosa de mi vida*, ejerció el más grande influjo en sus libros llamados "La Libertad" y "La Sujeción de las Mujeres."

Cuando el cariño no se dirige á las personas, sino á colectividades humanas ó á instituciones, si bien es menos intenso, en cambio el radio de su acción aumenta, llegando á influir sobre el sistema general de las ideas, é imprimiendo su sello en la obra de un pensador.

Muchas son las formas ó matices que puede revestir el sentimiento de que hablamos, mas en la imposibilidad de tratar de todas, pues sólo entra en nuestro plan considerar lo más característico y mejor definido, sólo mencionaremos, entre las fuentes de sofismas imputables al afecto á las colectividades y á las instituciones, las que están ligadas al patriotismo y al amor á los antepasados.

Herbert Spencer en su Introducción á la Ciencia Social, y con el nombre de sofismas del patriotismo, ha escrito un capítulo muy notable con abundante copia de ejemplos relativos. De una manera general puede decirse que el patriotismo obra sobre el entendimiento impulsándolo á admitir como bueno todo lo que se refiere á nuestra patria, y á desdeñar todo lo extranjero. Para el francés la Francia está á la cabeza de la civilización, según la vigorosa frase de Víctor Hugo, París es el cerebro del mundo. El inglés, por el contrario, desdeña á los franceses tildándolos de ligeros y superficiales, y se figura que no hay nación como la suya. El americano del Norte, engreído con la prosperidad de su patria, contempla á las demás naciones casi como lo haría un gigante rodeado de pigmeos.

Esta poderosa tendencia al sofisma yacente en el patriotismo, no sólo vicia las opiniones personales, siendo motivo de jactancias más ó menos altisonantes, sino que ejerce un influjo notable sobre las especulaciones filosóficas é históricas. Cuando Augusto Comte en su maravillosa síntesis histórica trató de delinear el tránsito del régimen feudal al régimen revolucionario, admitió dos formas, una peculiar á la evolución histórica de Francia que Augusto Comte consideró como normal y de tal la califica, y otra que fué propia de la evolución de Inglaterra, y que el gran pensador califica de modo anormal ó inglés. Pues bien, los sabios y pensadores de la Gran Bretaña han visto por lo general con malos ojos esta apreciación del filósofo de Montpellier, por lastimar sus sentimientos patrióticos, y quizá no haya sido del todo extraño, al verdadero encono con que alguno de ellos, Huxley, por ejemplo, trató á Augusto Comte.

El sentimiento de amor, veneración y respeto hacia los antepasados, muy justificado y muy loable por otra parte, puede, no obstante, como sucede aún con lo óptimo, influir desventajosamente en nuestras opiniones, induciéndonos, si no tenemos cuidado, á incurrir en sofismas.

El deslumbrante esplendor de la civilización greco-romana ha obrado de una manera tan poderosa sobre los espíritus, que, durante el siglo XVIII, la admiración que por tal civilización se sentía, rayaba en verdadero culto, considerando como perfecto todo lo que á ella se refería. Motivo de prolongados debates fué averiguar si los antiguos habían sido ó no superados por los modernos. En Francia, desde el siglo XVII, durante el auge de la literatura clásica, las formas griegas, consideradas como impecables, fueron de rigor. La admirable organización romana, su jurisprudencia sagaz y práctica, fueron temas caros á espíritus tan cultos como los de Montesquieu y Hume. Durante la Revolución francesa los nombres de personajes de la historia romana andaban en labios de todos, y formaban parte de réplicas y de pasajes oratorios, la proximidad entre el Capitolio y la Roca Tarpeya inspiró á Mirabeau una frase elocuentísima, el mayor ultraje que en la tribuna podía hacerse á alguien era apellidarle César, y el mayor encomio llamarle Bruto.

Una de las causas á que puede atribuirse la importancia,

exagerada en nuestro concepto, que en la educación jurídica se da al Derecho Romano, es el sentimiento de que venimos hablando, asociado á la admiración que la organización política de Roma inspira, y á la sagacidad notable de sus legisladores. Sin duda el Derecho Romano es un monumento histórico admirable, pero pretender encontrar en él los fundamentos y bases de toda legislación, juzgándolo como vivo y vigente, nos parece exagerar las cosas, y sacrificar no poco, en aras del manantial sofístico de que nos estamos ocupando.

§ 5.—Entre el numeroso grupo de formas de sensibilidad interna que, conocidos con el nombre de afectos y sentimientos, conmueven con varia sensibilidad la parte afectiva ó cariñosa de nuestro ser moral, existen algunos que, á falta de un calificativo mejor, apellidaremos especiales. Difícil es caracterizarlos y circunscribirlos; ocupan un lugar por decirlo así intermedio entre la esfera sensible y la esfera intelectual, encontrándose en el fondo de ellos una idea que hace vibrar el dominio sensible.

Tienen mucha importancia considerados como manantiales de sofismas, pues la idea que les sirve de fundamento propende á influir de una manera notable sobre el edificio intelectual, imprimiendo á su conjunto un sello característico. La naturaleza apacible y plácida de las emociones peculiares á estos sentimientos especiales, permite al espíritu conservar su serenidad y su reposo, haciendo así más engañosos á los sofismas por ellos engendrados, que parecen provenir de la razón, operando en las condiciones más favorables. Otra particularidad tienen aún, influyen poco sobre la conducta, justamente por su calidad de emociones tranquilas y apacibles.

No siendo nuestro propósito escribir un capítulo de psicología, no hay necesidad de emprender un estudio completo de este género de sentimientos, pues tratando sólo de hacer resaltar su influjo sofístico, sólo consideraremos dos: el sentimiento estético y el respeto.

Se designa con la primera denominación el sentimiento especial que produce en nuestra alma la contemplación de lo bello. En el análisis de este sentimiento existen á no dudarlo elementos intelectuales, como son las proporciones, la armonía, la perfección y otros conceptos análogos. Ahora bien, el influjo sofístico de sentimiento tal consiste, confundiendo el

criterio de lo bello con el criterio de lo verdadero, en hacernos creer que los fenómenos en su curso real y efectivo obedecen á las leyes primitivas de la belleza, en inducirnos á creer que lo que es bello debe ser también verdadero, y que lo que no lo es debe ser tenido por falso.

Personas hay que admiten sistemas de ideas sin más fundamentos que los caracteres de belleza que en ellas encuentran, y que rechazan otros sistemas por creerlos anti-estéticos. Suele decirse, por ejemplo, que el materialismo es doctrina árida y seca, mientras que son bellas las doctrinas espiritualistas, y hay personas que sin otro motivo prefieren una de estas opiniones á las otras.

Al influjo del sentimiento estético se debe que propendamos á admitir una doctrina cuando se la expone en galana forma, ó cuando se la atavía con la incomparable ornamentación que procuran las bellas artes.

Los antiguos incurrieron mucho en sofismas de esta procedencia, tenían ciertos números, ciertas proporciones, ciertas figuras geométricas por cosas perfectas, y hacían de esos números, de esas proporciones y de esas figuras leyes, de la Naturaleza. La perfección atribuida al círculo hizo que en el sistema de Ptolomeo se admitiese que los astros recorren trayectorias de esta especie, y el gran espíritu de Kepler se vió sumido en hondas cavilaciones, cuando la realidad le obligó á reconocer que las órbitas no son circulares. Mas profundamente impresa en su espíritu la idea de que en los cielos todo había de ser perfecto, ensayó diferentes curvas, dotadas por supuesto de perfección, hasta que la elipse resultó en armonía con los hechos.

El respeto es el sentimiento especial que nos inspiran los seres superiores, se traduce en la deferencia, acompañada de admiración, con que contemplamos ó nos representamos sus hechos, ó bien nos imponemos de sus opiniones. Sentimiento de los más justificados y loables, puede, sin embargo, el respeto, cuando se exagera ó desvía, inducirnos á falacias que consisten en general en la adhesión ciega á las opiniones de un hombre superior.

La historia de las ciencias nos muestra cuantas trabas opuso al adelanto científico la respetuosa adhesión, rayana en fanatismo, con que hasta el Renacimiento fueron admitidas las

opiniones de Aristóteles en lo relativo á la filosofía y á la ciencia, y las de Galeno en lo que se refería á nuestra fábrica corporal. No bastó que un Vesalio, disecando cadáveres humanos, denunciase errores anatómicos en que Galeno había incurrido, hubo algún fanático admirador del gran médico de Pérgamo, que impugnó á Vesalio diciendo: que la Naturaleza podía equivocarse, pero Galeno no.

CAPITULO IV.

SOFISMAS QUE PROCEDEN DE LOS DESEOS.

§ 1.—La sensibilidad representa la acción que ejerce en nuestro espíritu, ó la huella que deja en él el contacto ó el simple espectáculo de las cosas exteriores. El deseo representa la reacción de nuestro espíritu ante ese contacto ó ante ese espectáculo. La sensibilidad es completamente pasiva, el deseo es activo, es el germen ó la raíz de la acción, es la tendencia á obrar, la tendencia á ejecutar con nuestro cuerpo diferentes movimientos que determinan un resultado.

En la muy complexa trama de nuestra vida mental el deseo, variadísimo en cuanto á su intensidad, se presenta asociado, ya á formas de sensibilidad que lo engendran, ya á imágenes intelectuales que pintan su satisfacción. Como en el capítulo anterior, no vamos á estudiar aquí el deseo bajo todos los aspectos que deben considerarse en él, tal estudio es psicológico, y no lógico, ni aun siquiera estudiaremos todos los influjos que el deseo puede ejercer sobre el entendimiento, pues sería todavía psicológico un estudio tal.

Más sencillo y circunscrito es el problema que nos proponemos resolver: ¿cómo el deseo puede viciar el entendimiento, haciéndole tomar por eficaz y completa una prueba que no lo es? Tal es la cuestión que nos proponemos considerar, y para llevar á buen término su estudio nos bastará con presentar algunos ejemplos que, á las claras, muestren el influjo sofisticado de los deseos.

Es notorio para todos los que han estudiado con alguna atención la naturaleza humana, que el hombre se inclina á

ver realizados sus deseos, que el que acomete alguna empresa se desentiende en muchas ocasiones de las dificultades que se oponen al buen éxito, ó las juzga superables, que confundimos á menudo lo que es deseable con lo que es probable ó creíble.

En consecuencia, el carácter común á las falacias, que tienen su raíz en los deseos, consiste en disponernos á admitir que todo lo que es bueno, útil y conveniente á nuestros propósitos, ya individuales, ya colectivos, ha de ser verdadero también. Si semejante disposición de espíritu es loable desde el punto de vista de la acción, porque estimula nuestra actividad, porque produce en nosotros la confianza, sin la cual nada se intenta, y la perseverancia sin cuyo auxilio nada se logra, debemos convenir en que es lamentable desde el punto de vista intelectual, sugiriéndonos de las cosas y de sus relaciones ideas inexactas, y haciéndonos prohiar opiniones falsas.

Los que cultivan la filosofía de la Historia, deseando generosamente el triunfo del bien, anhelando que la humanidad, después de seculares y sangrientos conflictos, llegue á disfrutar de duradera calma, impulsados por sólo su deseo, comprobado al parecer por los hechos históricos artificiosamente dispuestos, han llegado á admitir en ocasiones que una inteligencia, distinta de la humana, muy superior á ella, y asociada además á los propósitos más benévolos, arregla los sucesos de este mundo sublunar de tal suerte que el bien acaba á la postre por surgir del mayor mal.

Los filósofos alemanes, más que los de otra nacionalidad, han propendido á este género de optimismo, haciéndolo descansar, ya simplemente sobre sucesos históricos, ya sobre consideraciones de orden filosófico. El gran Leibnitz nos ofrece elocuente ejemplo de ello, su sistema donosamente ridiculizado por Voltaire, en la ingeniosa novela Cándido, ha sido una de las más completas manifestaciones de la tendencia á que nos referimos, y que consiste en admitir que aquello que tenemos por bueno ha de ser verdadero, por más que los hechos digan muchas veces lo contrario.

Los filósofos alemanes del siglo pasado, principalmente Krause y Hegel, siguieron aunque por otras vías, el derrotero marcado por su ilustre predecesor.